

Evangelio según MARCOS 1, 29-39

Al salir de la sinagoga, fue derecho a casa de Simón y Andrés, en compañía de Santiago y Juan. La suegra de Simón yacía en cama con fiebre. Enseguida le hablaron de ella; él se acercó, la cogió de la mano y la levantó. Se le quitó la fiebre y se puso a servirles.

Caída la tarde, cuando se puso el sol, le fueron llevando a todos los que se encontraban mal y a los endemoniados. La ciudad entera estaba congregada a la puerta. Curó a muchos que se encontraban mal con diversas enfermedades y expulsó muchos demonios; y a los demonios no les permitía decir que sabían quién era.

Por la mañana, se levantó muy de madrugada y salió; se marchó a despoblado y allí se puso a orar. Echó tras él Simón, y los que estaban con él; lo encontraron y le dijeron:

—¡Todo el mundo te busca!

Él les respondió:

—Vámonos a otra parte, a las poblaciones cercanas, a predicar también allí, pues para eso he salido.

Fue predicando por las sinagogas de ellos, por toda Galilea, y expulsando los demonios.



Donde está Jesús crece la vida. Esto es lo que descubre con gozo quien recorre las páginas entrañables del evangelista Marcos y se encuentra con ese Jesús que cura a los enfermos, acoge a los desvalidos, sana a los enajenados y perdona a los pecadores.

Donde está Jesús hay amor a la vida, interés por los que sufren, pasión por la liberación de todo mal. No deberíamos olvidar nunca que la imagen primera que nos ofrecen los relatos evangélicos es la de un Jesús curador. Un hombre que difunde vida y restaura lo que está enfermo. Por eso encontramos siempre a su alrededor la miseria de la humanidad: poseídos, enfermos, paralíticos, leprosos, ciegos, sordos. Hombres a los que falta vida; «los que están a oscuras», como diría Bertolt Brecht.

Las curaciones de Jesús no han solucionado prácticamente nada en la historia dolorosa de los hombres. Hay que seguir luchando contra el mal. Pero nos han descubierto algo decisivo y esperanzador. Dios es amigo de la vida, y ama apasionadamente la felicidad, la salud, el gozo y la plenitud de sus hijos e hijas.



Inquieta ver con qué facilidad nos hemos acostumbrado a la muerte. Es insoportable observar con qué indiferencia escuchamos cifras aterradoras que nos hablan de la muerte de millones de hambrientos en el mundo, y con qué pasividad contemplamos la violencia callada, pero eficaz y constante, de estructuras injustas que hunden a los débiles en la marginación.

Los dolores y sufrimientos ajenos nos preocupan poco. Cada uno parece interesarse solo por sus problemas, su bienestar o su seguridad personal. Corremos el riesgo de hacernos cada vez más incapaces de amar la vida y de vibrar con el que no puede vivir feliz.

Los creyentes no hemos de olvidar que el amor cristiano es siempre interés por la vida, búsqueda apasionada de felicidad para el hermano. El amor cristiano es la actitud que nace en aquel que ha descubierto que Dios ama tan apasionadamente nuestra vida que ha sido capaz de sufrir nuestra muerte, para abrirnos las puertas de una vida eterna compartiendo para siempre su amor.

EL SUFRIMIENTO HUMANO

Toda la historia humana está marcada por el sufrimiento, la mayoría de las veces innecesario. Nuestros libros de historia suelen contar otra cosa. Hablan de grandes victorias y conquistas, de grandes civilizaciones y asombrosos inventos. Lo que ocultan o pasan por alto es el horrible sufrimiento que acompañó a todos esos acontecimientos. Así, por ejemplo, las grandes pirámides de Egipto fueron construidas a base de esclavos, miles murieron. El Primer Mundo, el mundo rico, llamado progresista y desarrollado, fue construido y lo es aún ahora sobre el genocidio de pueblos nativos americanos y la humillación y explotación de africanos, ...

Nuestra generación no quiere oír hablar de estos aspectos oscuros de la existencia. Se da culto al bienestar, al disfrutar, al divertirse. Importa la salud y la juventud, la belleza y la riqueza. A los que no pueden triunfar en la vida, a los que están marcados por alguna limitación, a los que empiezan a declinar, se les aparta. Es preferible no ver, es necesario olvidar. Pero, hay que añadir otro dato, otra realidad: en medio de este horrible sufrimiento, oculto, silenciado, se está dando uno de los signos esperanzadores en la línea de superación del sufrimiento inhumano de millones de personas y de familias. Este signo es el fenómeno llamado «*la lucha por la justicia*». Lucha, que ha conseguido algunos éxitos, como la convicción de que las estructuras causantes de sufrimiento pueden cambiarse. Los pobres se están convirtiendo en el lugar donde Dios nos habla más claramente hoy. Su mera existencia es el reto y la llamada más desafiante de Dios a la sociedad.

Si el amor nos hiciera

Si el amor nos hiciera poner
hombro con hombro,
fatiga con fatiga
y lágrima con lágrima.
Si nos hiciéramos unos.
Unos con otros.
Unos junto a otros.
Por encima del oro y de la nieve,
aún más allá del oro y de la espada.
Si hiciéramos un bloque sin fisura
con los seis mil millones
de rojos corazones que nos laten...
¡qué hermosa arquitectura
se alzaría del lodo!

Angela Figueira Aymerich



PARA REFLEXIONAR

- ¿Qué significa para ti la lucha por la justicia?
- La crisis económica está dejando muchos "empobrecidos", ¿los sientes como prójimos?
- ¿Cuál es nuestra Buena Noticia hoy para la sociedad?